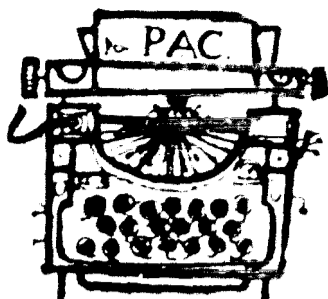


# escrito a máquina

## La guerra en Centro América



Cuando el Estado es el amo  
bate el tambor desastre  
Cuando el amo es el hombre  
puede haber música

ARCHIBALD MACLEISH

La guerra entre Honduras y El Salvador en Centro América ha venido a demostrar a los economistas, de una manera dramática, que la economía no puede andar sola. La Economía gira alrededor del Dinero y el dinero segrega un virus —el de la pretensión— que hace al hombre creer que con dinero todo se puede. Fácilmente llegamos a aceptar que si la economía va bien, todo va bien. Fácilmente llegamos a creer que promoviendo el desarrollo económico todo lo demás se nos da por añadidura. Hasta que la “añadidura” se nos crece y salta monstruosa convirtiéndose en obstáculo substancial e insalvable.

Cualquier hombre con sentido común que hubiera cruzado las fronteras de nuestros países centroamericanos en los momentos más optimistas de la Integración hubiera podido observar una inquietante y poco prometedor contradicción. Mientras en las aduanas fronterizas los productos industriales del Mercomún pasaban libremente, los hombres estaban sujetos al más receloso y fiscalizante papeleo. Es decir, mientras las COSAS podían ser Centroamericanas, los HOMBRES seguían siendo extranjeros encarcelados dentro de sus límites regionales. Una camisa podía gozar de las libertades de una Patria grande, pero el hombre que se ponía esa camisa seguía enjaulado, con siete llaves, en su pequeña y encuevada nacionalidad.

El fenómeno, expuesto así, parece ridículo pero revela el profundo contrasentido histórico que deshumaniza nuestra integración. Hemos echado a andar, en economía, un proceso de INDUSTRIALIZACION —que por su propia dialéctica tiende a aumentar la escala de sus operaciones más allá de los límites nacionales— mientras en política desarrollamos un proceso de MILITARISMO que por dialéctica tiende a restringir y a cerrar en forma de cuartel las fronteras nacionales. El Industrialismo (ya lo ha estudiado de sobra Toynbee) posee, en sí mismo, una dinámica saltadora de fronteras. Su impulso en Centro América (y la realidad del Mercomún a que dio pie) responde a una exigencia del desarrollo que al mismo tiempo coincide con las más profundas necesidades geográficas e históricas del istmo —formado por un grupo de naciones estructuradas para la unidad— En cambio, el Militarismo opera en dirección opuesta: necesita en primer lugar, cercar sus estados provincianos para establecer su economía de privilegio (un grupo de fuerza que es sostenido en su situación feudal por el resto del pueblo), y, en segundo lugar, usa como elemento emocional la excitación del más cavernario nacionalismo. Esos controles militares en cada frontera —permisos, papeles, sellos, registros, suspicacias, arrestos a la menor duda, etc. (la entrada a cada país de Centro América es como la entrada a un cuartel), esa monstruosidad de considerar delito (a veces más grave que un crimen) que un salvadoreño, hondureño o nicaragüense entre sin papeles al vecino país hermano, responde a una concepción cerrada, bélica, cavernaria de la nacionalidad y siembra y fomenta en los pueblos un sentido bronco de separatismo que es la contradicción misma de la integración.

Si agregamos a esto el recurso típico de los dictadores militares de enardecer los sentimientos nacionales o de provocar conflictos con las naciones vecinas cada vez que se les presentan crisis internas, ya no nos debe extrañar el vergonzoso conflicto hondureño-salvadoreño. Ellos han escenificado con todo el salvajismo de la guerra lo que todos nuestros demás países escenifican a diario, a la sordina, en su mutuo trato aduanero y fronterizo.

No es posible integrar por la contradicción. La guerra de Honduras y El Salvador ha demostrado que dos pueblos que negocian no están cerca, como no están cerca dos pueblos que juegan fútbol. El “Mercomún” presuponía la formación, por lo menos simultánea de una conciencia colectiva de que los nacionales de cada país centroamericano formamos parte de un universo más amplio, de una Patria Grande. Pero no hemos integrado la cultura, no hemos integrado la educación, no hemos integrado la Democracia —los economistas creyeron poder saltar sobre todos esos presupuestos— y fuimos a dar al abismo. Los señores de las fábricas creyeron entenderse bien con los señores de los rifles, pero los señores de los rifles les han echado a perder el negocio.

Mientras Centro América se gobierne por una política de caverna nunca podrá tener una economía de lontananza.

PABLO ANTONIO CUADRA